

EL DISCURSO DE CARACAS*

JUAN BOSCH

[Vanguardia del Pueblo, 9 y 16 de mayo de 1979]

Debo explicar, antes que nada, que esta mañana pedí que se me concediera la libertad de hablar de la política exterior de las democracias latinoamericanas, tema que no figura en la agenda de este Coloquio, porque me temo que estamos acostumbrándonos a la idea de que los Estados Unidos ha dejado de ser un país interventor. Me lo temo debido a que no hay duda de que al frente del gobierno de los Estados Unidos hay, en este momento, un hombre que tiene condiciones morales, que es una persona decente, y mientras él esté a la cabeza del poder ejecutivo de su país es casi probable que hará esfuerzos, aunque no creo que pueda hacerlos con éxito, para evitar que se repitan las intervenciones del pasado; pero yo quería recomendar a los señores ex-presidentes que recordaran el hecho de que en todo este siglo, hasta que llegó al poder Franklin Delano Roosevelt, los Estados Unidos fueron un país interventor, y no estoy hablando de la intervención económica ni de la intervención cultural sino de la intervención militar, que es la más burda, la más grosera y la que más fácilmente ven los ojos de los pueblos del mundo.

Cuando Roosevelt llegó al poder y puso en ejecución su política del Buen Vecino, terminó una etapa de la era de las intervenciones militares de Norteamérica en la América Latina, pero poco después de la muerte de Roosevelt se resucitó el método de la intervención militar o de algún otro tipo de intervención tan peligroso como la militar porque se basa en el poder militar y en el poder económico de los Estados Unidos.

Estoy hablando en Venezuela, país que dio entre sus grandes hijos a un escritor extraordinario, que fue Rómulo Gallegos. Precisamente en este año va a cumplirse o tal vez estén cumpliéndose ahora cincuenta años de la publicación de esa novela imperecedera, de ese Don Quijote de las letras americanas titulada Doña Bárbara, que hizo famoso a Gallegos en todos los países de habla española.

* Pronunciado, el 7 de marzo de 1979, en el "Coloquio de Caracas", reunión de expresidentes latinoamericanos convocada por el Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Simón Bolívar para discutir el tema "La democracia en América Latina: Frustraciones y Perspectivas" (M.C.).

Rómulo Gallegos fue llevado a la presidencia de Venezuela mediante las primeras elecciones que celebraba el pueblo venezolano en muchos años; sin embargo, el gobierno de Gallegos fue derrocado por un golpe militar. Hablaba de la figura ilustre de escritor que fue Gallegos, pero debo decir que era también un repúblico, una personalidad destacada en la vida política de América Latina y un hombre de seriedad ejemplar; y Gallegos contó que en la noche del golpe que lo derrocó, el jefe de la misión militar norteamericana se hizo presente en la Casa Militar, que se hallaba en un cuartel que había en esa época –no sé si todavía está allí– al lado del Palacio de Miraflores. Esa acusación de Gallegos no se aclaró nunca y ha quedado como una nube que va siendo alejada por el paso del tiempo, pero está ahí, en la historia.

Nunca se puso en claro si hubo o no hubo intervención militar norteamericana en ese golpe, pero lo que podemos decir es que si la hubo, tuvo lugar poco más de tres años después de la muerte de Franklin Delano Roosevelt, y todos sabemos que pocos años después, en el gobierno del general Eisenhower, se produjo la intervención de un poderoso departamento secreto del gobierno de los Estados Unidos para derrocar a otro presidente constitucional de la América Latina, que fue Jacobo Arbenz.

En el 1963, otro gobierno constitucional latinoamericano, que había sido elegido hacía menos de un año, y me refiero al de la República Dominicana, fue derrocado por órdenes de la misión militar norteamericana debido a que el presidente de ese gobierno descubrió, sin darse cuenta de lo que había en el trasfondo de esos hechos, que en el territorio dominicano había campamentos guerrilleros haitianos que recibían hombres y armas desde una base militar que tienen los Estados Unidos en Puerto Rico. Esos campamentos habían sido organizados y se mantenían sin conocimientos del presidente de la República Dominicana y desde ellos entraban columnas de guerrilleros en Haití para combatir la dictadura de Duvalier. Cuando el presidente dominicano tuvo sospechas bien fundadas de la existencia de esos campamentos de extranjeros armados en territorio de su país, le pidió al ministro de Relaciones Exteriores que se dirigiera a la Organización de Estados Americanos para solicitarle el envío de una comisión que fuera a investigar lo que estaba sucediendo, y lo hizo sin que se imaginara, siquiera, que el presidente de los Estados Unidos había ordenado, a espaldas suya, que su país quedara convertido en una base de guerrillas haitianas.

Esa fue la causa inmediata del golpe de Estado de 1963 en la República Dominicana, y eso lo han silenciado los medios de comunicación, las estructuras de la informática de que hablaba hace poco aquí el ex-presidente Frei Montalva, porque hay que conservar limpia y brillante la imagen de gran líder democrático del Presidente Kennedy.

Apenas un año después era derrocado en Brasil otro presidente constitucional, Joao Goulart, y todo el mundo sabe que en ese derrocamiento jugó un papel importante el gobierno de Lyndon B. Johnson, y un año después ese mismo Presidente Johnson envió miles de soldados de la infantería de Marina de su país a la República Dominicana para impedir que se restituyera allí la Constitución democrática de 1963 que había sido escrita por constituyentes debidamente elegidos por el pueblo. En el año 1973 fue muerto el Presidente Salvador Allende en el Palacio de la Moneda, el lugar desde el cual encabezaba el gobierno de su país cumpliendo estrictamente la Constitución chilena, y todo el mundo sabe qué clase de participación tuvo el Presidente Richard Nixon en los sucesos que le costaron la vida al doctor Allende.

Podemos hacer una lista de los presidentes de los Estados Unidos que siguieron a Franklin Delano Roosevelt y encontraremos que de los cinco que ocuparon la Casa Blanca a partir de la muerte de Roosevelt, todos, y si no todos, cuatro de ellos –y hago la aclaración de que todavía está en duda la intervención de Truman en el derrocamiento de Rómulo Gallegos– Eisenhower, Kennedy, Johnson y Nixon participaron en intervenciones de tipo militar o político–militar en la América Latina; y yo quería recordarles a los señores ex-presidentes, y a los periodistas y al público que me oye, que entre los factores que deben ser tomados en cuenta al analizar el desarrollo de la democracia en la América Latina está el poderío militar, económico y cultural de los Estados Unidos y también la frecuencia con que los Estados Unidos han violado los acuerdos internacionales en esta parte del mundo. Por ejemplo, la Carta de Bogotá, esto es, la Carta de la OEA, fue violada de manera grosera con la intervención militar de 1965 en la República Dominicana, y no quiero hablar aquí de otras intervenciones armadas que se han producido en América sino sólo de las que se han hecho en perjuicio de gobiernos que habían sido elegidos por sus pueblos.

Me parece que entre los ex-presidentes que se encuentran en este Coloquio –que nos ofrece una oportunidad de hacer un análisis de la situación de la América

Latina y hacerlo con toda libertad, como decía el ex-presidente Frei Montalva—, debe haber consenso en el reconocimiento de que el mundo ha conocido varias edades geológicas; que hubo una edad en que había animales extraordinarios, como los dinosaurios y que esos animales desaparecieron cuando desapareció la atmósfera en que vivían. Pues bien, los sistemas políticos son hechos históricos, que se producen en el tiempo igual que las edades geológicas, y hay que ver esos sistemas con una visión histórica, porque nacen, se desarrollan y mueren exactamente como les ha pasado a los animales de diferentes edades geológicas y como seguirá pasando mientras haya vida en la Tierra. La democracia representativa es una proyección política, o una manifestación, en el terreno político, de un sistema económico y social llamado capitalismo, que está llamado a desaparecer, y con él desaparecerá también su proyección política.

2

La democracia de estos tiempos no tiene nada que ver con la democracia griega, además de que tampoco hubo una democracia griega. La democracia de que habló Aristóteles era la de Atenas, no de Grecia. En Grecia, además de Atenas, estaba Esparta, y a nadie se le ocurre pensar que Esparta fue un Estado democrático; pero aún esa democracia de Atenas no era un régimen político sino la política de un partido. Al hablar de la democracia ateniense, Aristóteles explicó con mucha claridad que en Atenas había dos partidos, el de los ricos u oligarcas y el de los pobres o popular; y explicó que cuando en Atenas gobernaban los ricos, había un gobierno oligárquico, y cuando gobernaban los pobres había un gobierno democrático.

Repito que la democracia que nosotros conocemos es la proyección política del sistema capitalista, y en Atenas no podía funcionar ese tipo de democracia porque los atenienses no conocían el capitalismo. Atenas era una ciudad-Estado que tenía 500 mil habitantes, de los cuales 410 mil eran esclavos y metecos, y los metecos no tenían derecho a votar porque eran extranjeros. De los que no eran ni esclavos ni metecos, quedaban 90 mil, pero de esos 90 mil no votaban ni las mujeres ni los niños, de manera que en el mejor de los casos los atenienses que podían votar serían de 45 a 50 mil. ¿Qué democracia es la de una sociedad en la que sólo tienen derecho a votar el 10 por ciento de los habitantes? Los que votaban en Atenas, como en Roma; es decir, los que votaban en las ciudades del mundo antiguo o en los Estados esclavistas como el romano, que no era sino una

proyección más amplia del Estado esclavista ateniense, eran los propietarios de tierras y de esclavos nada más, de manera que lo que se conoce en algunos círculos con la denominación de la democracia griega no era tal democracia si pretendemos hacerla pasar como democracia representativa.

La democracia representativa, tal como la conocemos o deseamos que sea en la América Latina, empieza a aparecer cuando el capitalismo se convierte en un poder social dominante y pasa a proyectarse en el campo político, de manera que la democracia es la cara política del capitalismo y éste es su base económica y social; y por eso creo que si la democracia ha fracasado en estos países latinoamericanos se ha debido al hecho de que en ellos ha fracasado el capitalismo, que no se ha desarrollado en esta parte del mundo de manera natural, siguiendo el mandato de sus propias leyes, porque nosotros fuimos conquistados y colonizados por un imperio que no era económicamente desarrollado y más bien era económicamente retardado, y porque otros imperios, singularmente el norteamericano, nos han sometido a un estado de explotación que ha impedido la formación de sociedades capitalistas independientes en estos países.

No puede ser igual

Si el capitalismo no ha llegado a ser en la América Latina lo que llegó a ser en Estados Unidos, Inglaterra, Francia o Suecia, no podemos esperar que su cara política, la democracia representativa, sea igual a la de Estados Unidos, Inglaterra, Francia o Suecia, y ese mismo argumento sirve para explicar por qué razones no podemos tener en nuestros países ese tipo particular de democracia que llamamos social-democracia.

La social-democracia es el producto sociopolítico del capitalismo altamente desarrollado. Podemos encontrar social-democracia en Alemania, en Bélgica, en Holanda, porque en esos países la inversión en bienes de capital ha sido tan alta y se ha llevado a cabo a lo largo de tanto tiempo que sus capitalistas han podido acumular grandes beneficios a pesar de que dedican una parte de ellos a pagar buenos salarios e impuestos elevados. Recuerdo haber visitado en Estocolmo una fábrica de teléfonos en la que encontré que en un enorme salón había, no recuerdo qué número, pero tal vez más de 80 ó 90 tornos que hacían piezas muy delicadas para los sistemas de comunicaciones de la firma dueña de la fábrica, y,

sin embargo, en ese salón había nada más un obrero, que, por cierto, era español, de manera que me fue fácil hablar con él; y de lo que él me dijo saqué claro que su salario era el equivalente a 33 dólares con 33 centavos diarios; así pues, si en estos tornos la compañía propietaria de la fábrica hubiera puesto a trabajar un obrero en cada uno, suponiendo que los hubiera pagado a razón de 20 dólares por día, porque en Suecia los jornales son altos, el gasto de la compañía en asalariados habría sido, por lo menos, de 1,200 dólares diarios, pero ese gasto quedaba reducido a 33 dólares con 33 centavos para pagar un obrero que atendía a una computadora, y esa computadora era la que dirigía el trabajo de todos aquellos tornos. Mientras el obrero español me daba explicaciones acerca del funcionamiento del sistema que hacía posible poner a trabajar tantas máquinas bajo la dirección de otra máquina, que era la computadora, yo pensaba que Suecia compraba naranjas españolas, precisamente españolas, y que para producir una tonelada de naranjas en España se requería el trabajo de varias personas, y que con media docena o una docena de teléfonos fabricados con ese tipo de maquinarias tan altamente desarrolladas podía pagar una tonelada de naranjas españolas. Ahí, en ese salón lleno de tornos estaba la demostración palpable de que en el comercio mundial de los países capitalistas, los términos del intercambio favorecen a los que son altamente desarrollados, y eso impide el desarrollo del capitalismo, y, por tanto, de su manifestación política, la democracia representativa, en los países de la América Latina y de otras regiones del mundo. En esa ocasión recordé que en un viaje anterior, el primer ministro de Suecia me llevó a ver una exposición de la industria de su país que se celebraba en Estocolmo y allí vi una rueda de madera que estaba recubierta por una pieza de hierro con dientes de engranaje. Esa catalina había sido construida en el siglo XIV, años de 1300 y tantos, lo que da una idea de que la técnica de la producción de hierro aplicada a usos industriales en una época en que faltaban tres siglos para que se iniciara la revolución industrial, estaba bastante desarrollada en Suecia cuando ni en España ni en las sociedades indígenas de América se soñaba con algo parecido.

Del Surplus que reciben los capitalistas de países como Suecia o Alemania, gracias a su alta tasa de inversión en bienes de capital, los gobiernos socialdemócratas pueden quedarse con un elevado tanto por ciento –un 60, un 70, un 75 por ciento–, después que esos capitalistas han pagado buenos salarios, de los mejores de los países capitalistas, y con base en tales impuestos esos gobiernos

pueden hacer una política social que no puede llevar a cabo, ni remotamente, ninguno de los países de la América Latina. Los capitalistas suecos o alemanes del Oeste no se oponen a que les quiten el 75 por ciento de sus beneficios porque saben que con ese dinero compran su seguridad y la de sus negocios, que todos ellos aspiran a perpetuar en manos de sus descendientes; la compran debido a que el bienestar de los trabajadores los convierte en socios ideológicos de los capitalistas.

En América Latina no hay medios materiales a disposición de los gobiernos para mantener una social-democracia como las que se ven en Europa, tal vez con la excepción del caso de Venezuela ahora, en estos momentos. Debido a sus riquezas petroleras, a Venezuela le sobran miles de millones de dólares, y es probable que algo parecido suceda en México, pero, por el momento, en México no puede sostenerse un gobierno social-demócrata. Conocemos la situación de ese país y podemos darnos cuenta de cómo sufriría el Presidente Luis Echeverría durante los años de su presidencia al darse cuenta de que no podía hacer lo que hubiera querido hacer para solucionar los problemas de las grandes masas mejicanas. ¿Por qué no podía hacerlo? Porque el capitalismo no está lo suficientemente desarrollado en Méjico como para disponer de plazas de trabajo para todos los hombres y todas las mujeres, para ofrecerles seguro social a todos lo que trabajan, para ofrecerles hospitales buenos o buenas medicinas a todos los que se enferman, para ofrecerles buenas escuelas, con buenos profesores, a todos los niños y a todos los adultos que quieran aprender algo.

No hay medios materiales

Por otra parte, creo que la cultura no transforma a la sociedad, sino que la sociedad transforma la cultura. El cambio de la sociedad no es producto de la cultura; es el producto de los grandes movimientos históricos que, a su vez, son productos del trabajo humano.

En este Coloquio se hablaba de la revolución tecnológica como elemento de apoyo a la democracia representativa; y efectivamente, ese régimen político se fortaleció en los países capitalistas con la revolución industrial, pero conviene tener presente que esta fue el resultado de la acumulación, en Inglaterra, de las riquezas que el imperio inglés sacaba de América, de la India, de Asia y de África. Esas riquezas hicieron de Inglaterra el centro de la economía y la cabeza del

capitalismo mundial y, por tanto, también el país líder de la democracia representativa durante muchos años. Pero la revolución tecnológica nos lleva en estos momentos mucho más allá; nos lleva a una revolución social profunda. Mientras tanto, volvamos los ojos a América Latina y preguntemos qué se hizo de la democracia representativa de Uruguay, qué se hizo de la de Chile y preguntemos también por qué desaparecieron.

Aquí se ha hablado varias veces de la lucha entre la democracia y la dictadura como si en el caso de estos países nuestros la democracia fuera un régimen político estable, duradero. No creo que la lucha en América Latina será entre democracia y dictadura. Creo que la lucha se plantea entre el sistema capitalista y el sistema socialista, y yo dejé de creer en la democracia, pero quiero afirmarles que no soy un inconsciente; que no abandoné el campo de la democracia porque me sintiera frustrado, sino porque el conocimiento de la realidad de mi país me sacó de ese terreno y me llevó al del socialismo, donde estoy luchando con toda el alma por la libertad de mi pueblo. En esa lucha, ustedes y todas las fuerzas democráticas de América Latina pueden contar conmigo, porque mientras llega el día en que podamos establecer el socialismo en todos esos países, entre el mal de las dictaduras militares y el mal de la democracia representativa, económica y políticamente débil, los que estamos en los frentes de lucha debemos ponernos del lado de la última para combatir al primero. Era cuanto quería decirles, y muchas gracias por haberlo oído.